

LA CIUDAD DE DIOS, SINTESIS DEL UNIVERSO JESUCRISTO ES SU REY Y SU CENTRO

POR

J. CAMPOS, SCH. P.

El universo, que nos rodea y al que pertenecemos, no salió tal como lo conocemos, de las manos creadoras de Dios, ni se desarrolla en la Historia con la perfección con que lo concibió su Creador antes de crearlo.

Todo lo que proviene de Dios, principio sumo de unidad y armonía, lleva el sello de la unidad, y la refleja en su ser y operaciones. Y la unidad exige un orden y un centro de convergencia.

Pero el pecado corrompió la creación, destruyendo en el universo su unidad y armonía, introduciendo la división y el desorden y estableciendo desde entonces dos ciudades antagónicas, tanto en el mundo invisible, como en el visible.

El creador soberano restableció inmediatamente el orden en el universo invisible, sancionando definitivamente a los buenos y a los malos ángeles, conforme a su naturaleza espiritual y a su sobrenaturalidad, inamisible o amisible, definitivamente, desde el primer acto de adhesión o prevaricación.

No sucedió lo mismo en la Ciudad de Dios terrestre, después de la primera defección. No restauró el Creador inmediatamente el orden perturbado; quedaron entremezcladas y enfrentadas las dos ciudades, la de los hijos del pecado y la de los hijos de Dios, hasta la restauración iniciada por el Salvador en su primera venida, y que se completará últimamente en su segunda venida, en la parusía, devolviendo la unidad perdida a todas las creaturas del cielo y de la tierra en el centro de todo el Universo, el Verbo encarnado, que reinará para siempre en la Jerusalén celeste y triunfante. Vencido y encadenado el autor del mal, todas las creaturas restauradas en Jesucristo,

elevantarán a Dios, su Creador, una misma alabanza y un mismo amor.

Tal es el designio de Dios por medio de su Hijo-Redentor.

¿Cómo se hará esa reunificación y restauración definitivas?

I. Recapitulación en San Pablo.

La luz de la inspiración descubre algunos de los rayos del misterio de la «Recapitulación» mesiánica y escatológica en la doctrina de San Pablo a los Efesios, y en los arcanos apocalípticos del Prólogo del Evangelio de San Juan y de su último libro inspirado, el Apocalipsis, tanto y más misterioso que las visiones de Isaías.

En esa carta a los Efesios, penetra la mirada de San Pablo en las profundidades del misterio de la salvación, que se realiza en Jesucristo, en el sentido cósmico y soteriológico, en cuanto es centro de armonía y unidad del universo. Lo que quedó disperso y separado por el pecado recobra ahora su unidad en Cristo, que atrae hacia sí todas las cosas (1 Cor. 15, 28). Si por la creación, como Verbo de Dios, es principio de vida, por la Redención como Verbo-Hombre, es principio de reconciliación.

Pero veamos el propio texto de San Pablo a los Efesios 1, 9-10: «Para darnos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que formó en sí, de la realización en el cumplimiento de los tiempos, restaurar todo en Cristo, lo que hay en el cielo, y lo que hay en la tierra.»

La palabra clave de ese texto paulino para nuestro objeto, es «restaurar», que es la traducción del griego *'anakefalaiószai*.

San Pablo es el único autor sagrado que usa este verbo aquí y en Rom. 13, 9, donde dice que todos los preceptos de la ley y cada uno *instauratur* en esta expresión: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Donde claramente adopta el sentido y significado de «contener y resumir» en este precepto todos los demás. Y este es el sentido primario y fundamental de «recapitulación», que es el más general entre los Padres y doctores de la Iglesia. Veámoslos:

San Ireneo de Lión, al impugnar la cosmogonía gnóstica con todo el vigor de la Metafísica revelada y de su fe indubitable, les rebate

acusándoles de que «no saben que el Verbo de Dios, el Unigénito, que siempre asiste al género humano, unido íntimamente a su cuerpo según la voluntad del Padre y hecho carne, es Jesucristo Nuestro Señor, que padeció por nosotros y resucitó por nosotros, y de nuevo ha de venir en medio de la gloria del Padre, para hacer revivir a todo hombre, y para manifestar la salvación ... Hay, por tanto, un solo Dios Padre, como hemos demostrado, y un solo Cristo Jesús Señor nuestro, que viene según una economía universal, y recapitulando todo en sí mismo. En todo es también hombre ... y por tanto recapitula al hombre en sí mismo, pues siendo invisible se hizo visible, y siendo incomprendible se hizo comprensible, y siendo impasible se hizo pasible, y siendo el Verbo se hizo hombre, recapitulando todo en sí mismo, para que, así como en lo supercelestial y espiritual y en lo invisible es el primero, como Verbo de Dios, así también en lo visible y en lo corporal tenga la primacía, asumiendo el primado en sí mismo, y estableciéndose a sí mismo como cabeza de la Iglesia, atraiga a Sí a todos los seres en el tiempo dispuesto» (1).

Poco más adelante reafirma ese mismo pensamiento, y añade: «No empezó entonces el Hijo de Dios, que existe siempre en el Padre, sino que, cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismos la larga historia de los hombres, dándonos en resumen la salvación, para que lo que habíamos perdido en Adán, esto es, según la imagen y semejanza del ser de Dios, eso recibiéramos en Cristo Jesús» (2).

«Al final de los tiempos, en la última lucha, la bestia recapitulará, según Ireneo, a todos los inicuos y malvados» (3).

Tertuliano, asimismo acérrimo debelador del gnóstico Marción, tiene que seguir los pasos tortuosos de las divagaciones de éste, para penetrar con la luz de la revelación cristiana y paulina en las profundidades del misterio de la recapitulación final: «¿Y a quién, por tanto, competará según la apreciación del bien, que propuso en el misterio de su voluntad, para dispensación del cumplimiento de los

(1) Iren: *Adv. Haere*, 3, 16, 6 (PG 7, 925BC).

(2) *Ibid.*, 3, 18, 1 (PG 7, 932AB); edic. P. Sagnard O. P., París, 1957, pág. 310. Cr. 3, 19, 1 (PG 7, 939-940).

(3) *Ibid.*, 5, 29, 2 (PG 7, 1201C). Cf. 5, 14, 2; 5, 21, 2; 5, 32, 1.

tiempos, por decirlo con una palabra que transcribe a la griega, recapitular todo en Cristo, lo que existe en el cielo y lo que existe en la tierra, sino a aquel del que serán todos los seres desde un principio, e incluso el mismo principio, por quien tanto los tiempos como el cumplimiento de los tiempos y la dispensación del cumplimiento, por la que todo será restituído a su principio en Cristo?» (4).

En un pasaje del *De Monogamia* de este fulminante apologista africano, aplica con inmensa mirada de teólogo y metafísico a la cuestión del matrimonio sobre *quod Deus coniunxit, homo non separet* (Mt. 5, 31), la doctrina de la recapitulación, conjugando la de San Pablo con la de San Juan (5).

San Juan Crisóstomo da dos explicaciones del verbo griego *'anakefalaiószai* que emplea San Pablo: una, la de «reducir a resumen lo principal»: «Pues el Verbo, consumando y abreviando en la justicia, abarcó aquellas cosas y añadió otras». Y otra, la de «dar a todas las cosas una cabeza»; «De ese modo, pues, se hará la unidad, así habrá una unión cuidadosa y perfecta, cuando todo estuviese sometido a una cabeza, teniendo todo de arriba cierto vínculo necesario» (6).

San Jerónimo interpreta el pasaje de San Pablo (Ephes. 1, 10) con un sentido exegético, filológico-histórico, muy apropiado de su genio, más positivo que especulativo: «... En la cruz, por tanto, del Señor y en su pasión fueron recapituladas todas las cosas (10, 19, 30), esto es, todas fueron reunidas en esta *'anakefalaiósis*» (7).

San Agustín se eleva a vuelos universales y escatológicos, pensando en su Ciudad de Dios (8); «No hay duda que los santos ángeles, enseñados por Dios, y en la contemplación de cuya verdad encuentran su felicidad, conocen cuántos individuos del género humano faltan para completar el total de aquella ciudad (la celeste). ... De esa forma por medio de aquel sacrificio singular, en el que el

(4) Tert.: *Contr. Marc.*, 5, 17, 1 (*Corp. Christ.* ser. lat. I, 1954, página 712).

(5) Ibid.: *Monog.*, 5, 2-3 (*Corp. Christ.*, ser. lat. II, pág. 234).

(6) Ioan. Chrys.: *Hom. in Ephes.*, 1, 1 (PG 62, 16).

(7) Hier.: *In Epist. Ephe.*, 1, 10, cap. 1 (PL 26, 484A).

(8) Aug.: *Enchir.*, 16, 62 (PL. 40, 261) (*Corp. Christ.* ser. lat. 46, 1969, 82).

mediador es inmolado, y al cual único figuraban muchas víctimas en la ley, se reconcilian los del cielo con los de la tierra, como al efecto lo expresa el Apóstol (Col. 1, 19-20).»

Santo Tomás de Aquino mantiene la exégesis de los Padres y doctores anteriores, pero precisa la doctrina de los doctores del siglo xii (9): «Y el efecto de este misterio es instaurar todo. Pues en cuanto todo fue hecho por causa del hombre, se dice que todas las cosas fueron instauradas (Amos. 9, 11). Digo, todo lo que hay en el cielo, esto es, los ángeles; no porque murió Cristo por los ángeles, sino porque redimiendo al hombre, se reintegra la ruina de los ángeles ... Y las de la tierra, en cuanto pacifica las del cielo con las de la tierra (Col. 1, 20), lo cual se ha de entender en cuanto a la suficiencia, y por eso no se restauran todas las cosas en cuanto a la eficacia.»

Recogiendo los sentidos de la tradición de la Iglesia sobre los textos de San Pablo, referentes a la «Recapitulación», pueden reducirse a tres los sentidos de «recapitular» en la revelación: «repetir, renovar, someter a una cabeza» (10).

El primer sentido «repetir» puede entenderse, ya *ontológicamente*, en cuanto Jesucristo, Dios-Hombre, tiene y resume en sí todas las perfecciones de las creaturas, naturales y sobrenaturales: así lo entiende San Ireneo, por ejemplo; ya *representativamente*, en cuanto Jesucristo representa a todas las creaturas racionales, como Adán a todos los hombres de los que era cabeza: así también San Ireneo; ya *soteriológicamente*, pues toda la dispensación de la Redención salvadora se cumple en Jesucristo: este aspecto lo expresan San Juan Crisóstomo, San Jerónimo.

Un segundo sentido es el de «reconciliar», o sus afines, como «reparar, restaurar, renovar», que es el más frecuente en los Padres: Tertuliano, San Agustín, Santo Tomás.

Y el tercer sentido de «recapitular» es el de «someter o reducir

(9) Thom. Aquin.: *Comment in Epist. D. Pauli Apost.*, (edic. Antwerp. 1591, fol. 154v).

(10) Cf. Andrés de Alpe, O. M. Cap.: *Verbum Domini*, 23, 1943, 97-102.

bajo una sola cabeza todos los seres». Así lo emplean San Ireneo, el Crisóstomo, entre otros.

Este tercer sentido y atributo de Jesucristo no puede aplicarse del mismo modo a todos los seres. Entre las creaturas racionales hay hombres justos, que están incorporados en acto al cuerpo místico de Cristo, del que Este es la cabeza; y no sólo es cabeza por preeminencia, sino por influjo real y vital en todo el cuerpo.

Respecto de los hombres no justos o justificados, es decir, de los infieles y pecadores, que o no pertenecieron al Cuerpo de Cristo, o se separaron de él, todos pueden pertenecer al mismo, mientras viven. Por eso puede decirse que Cristo es potencialmente cabeza mística de tales creaturas.

Las creaturas irracionales, en cuanto están ordenadas a las creaturas racionales, tienen parte de algún modo en su posición y destino. De ahí que también tienen por cabeza a Cristo, puesto que tienen relación con el hombre.

Los ángeles también pertenecen a su cabeza, Cristo, no porque hayan recibido de El la gracia y la gloria, sino por honor y dignidad. Y esto puede decirse también de los demonios y réprobos, que perdieron irremisiblemente la gracia de Dios; de ellos es Cristo cabeza en cuanto los despojó (Col. 2, 15), y en cuanto Dios los sometió bajo sus pies (1 Cor. 15, 25) (11).

II. La Recapitulación en San Juan.

Además de las fórmulas de San Pablo, que hemos estudiado, algo de la recapitulación encierra en los misterios del Apocalipsis el águila de Efeso, que pueden esclarecer la doctrina de aquél.

¿Qué ha querido significar San Juan con esa frase *ego sum alpha et omega*, que se lee tres veces en el Apocalipsis (1, 8; 21, 6; 22, 13)?

(11) Cf. Andrés de Alpe, art. cit., pág. 102; Pirot-Clamer: *La Sainte Bible*, XXII, 1946, págs. 32-33; Juan Leal, S. I.: *La Sagrada Escritura*, N. T., II, BAC. Madrid, 1962, pág. 680.

En los dos primeros pasajes de estos tres, habla en primera persona la del Padre eterno, pero en el tercero, que dice «Yo soy alfa y omega, el primero y el último, el principio y el fin», está hablando la persona del Hijo, como se echa de ver en el versículo 12: «He aquí que llego pronto», que se refiere a la segunda venida del Hijo.

La expresión «Yo soy alfa y omega» tiene el sentido de que Dios, sin tener principio, ni fin en sí mismo, es el principio y fin de todo lo existente. Estas dos letras que encierran en su ámbito todas las demás combinaciones, dan a entender que Dios es el que abre y cierra la historia del mundo y el que dispone, como señor, de los acontecimientos y de sus leyes físicas y morales. Aplicado a Jesucristo indica que los atributos de soberanía, poder, la misma esencia y demás atributos del Padre, pertenecen igualmente al Hijo, al Dios-Hombre, y por tanto, también el de Juez, a que el versículo se refiere.

«Yo soy el primero y el último»: Esta designación que se da a sí mismo Jesucristo en el mismo Apocalipsis (1, 17 y 2, 8), y que aparece antes en Isaías (41, 4; 44, 6; 48, 12), en boca de Dios Padre, la emplea aquí el Verbo-Hombre, que ya ha realizado la redención, para prometer al apóstol vidente la glorificación futura, infundiéndole la esperanza iluminadora de su cumplimiento en la ciudad celeste... Esa causalidad activa de ese título queda también expresada en la locución.

«Yo soy el principio y el fin», fórmula propia igualmente de sólo Dios, en cuanto con ella se significa, además de otros atributos, el de una causalidad eminente, eficiente y final, por la que conduce con su acción a las creaturas al fin que El se propuso *ab initio*. Como tal Principio y Fin, que actúa en toda la historia, recuerda su título de Juez soberano, que retribuirá a cada uno en proporción de sus obras (vs. 12).

De los Padres y doctores que interpretan este texto de San Juan, destacamos, entre otros, a *Clemente de Alejandría*, cuya especulación exegética y teológica sobre dicha fórmula llega muy lejos con penetrante inteligencia: Todas las potencias del Espíritu, habiendo sido hechas una sola cosa, se concentran en uno, en el Hijo. Este es un círculo de todas las potencias, que giran y se unen en uno. Y por esto el Logos se llama alfa y omega, del cual sólo el fin es el prin-

cipio, y además acaba en aquello que es antes el principio, sin dejar en ninguna parte distancia, ni intervalo. Por lo cual creer en el mismo y por el mismo, es hacerse único, es decir, unido en El indivisamente. No creer, en cambio, es separarse, y desunirse y dividirse por un intervalo» (12).

De pensamiento y reflexión tan metafísica y acuciante se deduce que el Logos es el centro circular de todas las potencias o perfecciones activas, que de El parten como principio, y a El vuelven como a fin; y siendo El principio y fin, no hay intervalo entre ambos. Si todos los seres fueron creados por medio del Logos-Verbum, es decir, siendo Este principio o causa ejemplar de sus esencias existentes, cada uno de ellos, según su naturaleza, debe alcanzar su fin, esto es, su perfección, cuanto más se acerque, o cuando se conforme (se una) a su Principio ejemplar, que entonces en su Fin (meta) ejemplar sustancial. De ahí que las sustancias espirituales, creadas conforme a la imagen del Verbum increado, Principio suyo ejemplar, logran su perfección, cuando se unen a El por el entendimiento, mediante la fe, que es visión oscura e incipiente del Verbo-Verdad, y logran toda la perfección o plenitud de que es capaz la creatura espiritual, en la visión clara y activa, beatificante, mediante la sublimación del *lumen gloriae*, de su Fin ejemplar, el Verbo-Verdad. Es una recapitulación y reunión en el Verbo.

San Jerónimo constata que Jesús, llegado el fin de los tiempos, habrá conducido todo a su principio, y habrá unido en círculo omega a alfa; «... Enseña el Apóstol escribiendo a los Efesios (1, 10) que Dios se propuso recapitular todo con el cumplimiento de los tiempos; y traer a su principio, a Cristo Jesús, los seres del cielo y los de la tierra. Por eso el mismo Salvador dice en el Apocalipsis de Juan: Yo soy alfa y omega, principio y fin» (13).

El poeta cristiano Prudencio se suma a la tradición, versificando el pensamiento apocalíptico de San Juan:

(12) Clem. Alex.: *Strom.*, 4, 25 (PG 8, 1365. Cf. *Strom.*, 6, 16 (PG 9, 364C; *Paedag.* (PG 8, 292D).

(13) Hieron.: *Contr. Iov.*, 1, 18 (PL 23, 247D-248A).

«Del seno del Padre nacido, cuando aún no existía el mundo, designado como Alfa y Omega, El es origen y fin de todas las cosas que existen, fueron y serán» (14).

El ingenioso Apringio de Beja, que sigue las ideas exegéticas de Victorino Petaviense, ofrece reminiscencias de la Escuela Alejandrina: «Por tanto Alfa nos muestra el principio de la Sabiduría, y la misma Sabiduría, Cristo Hijo de Dios; Omega, que es el final del alfabeto griego, y nosotros la consideramos como cierta cosa intermedia, significa que el principio de la Sabiduría, el fin y el medio es el mismo Señor Jesucristo. Lo que añadió «Principio y Fin», no sólo expresó los elementos, sino también mostró el poder de su Majestad, porque El es principio de todo y en El reside el final de todo, y en El se cree que las cosas que ya han terminado han de ser reparadas; para que, así como dió el principio a los comienzos, así imponga el fin al final nuestro, para que tenga también el mismo fin su final, y la misma consumación su consumación; de modo que esté en todos ellos siempre el Ser que es, como lo dice la presente escritura» (15).

San Martín de León, canónigo de San Isidro de León, trae una notable exposición a los tres pasajes del Apocalipsis, que contienen la fórmula joánica (16): «Yo soy Alfa, esto es, principio antes del cual no hay ninguno, o del cual empezó todo; y fin, después del cual ninguno, o en el cual todo se terminará; pues a la letra alfa no le precede ninguna, siendo como es la primera de todas. Así también el Hijo de Dios, pues El respondió a los Judíos que le preguntaban, que El era el principio. Es también el último, porque El, como el último, hace el juicio.»

Y sobre el vs. 21, 6 comenta el Legionense: «Yo soy Alfa y Omega, esto es, principio y fin.» Como si dijera: podré hacer esta innovación, porque todas las cosas se hicieron por Mí, y se consumarán en Mí. Y todos deben dirigirse a esta innovación, porque Yo

(14) Prud.: *Cathem.*, 9, 10-12.

(15) Apring.: *Tract. in Apoc.*, 1, 9 (Edic. A. C. Vega, El Escorial, 1940, 6).

(16) Mart. Legion.: *Expositio in Apoc.*, 1 (PL 209, 303AB).

daré al sediento, esto es, al que lo desea, de la fuente, es decir, de Mí mismo, que soy el principio de toda felicidad, del agua viva, porque hace vivir; y la daré gratis, esto es, por la sola gracia.»

Las interpretaciones, pues, que dan los Padres y doctores al pensamiento y expresión de San Juan en el Apocalipsis, pueden resumirse así:

Como símbolo de la Causalidad divina, creadora y consumadora, en el orden físico, en el orden moral de la ley, en el orden de la gracia: Prudencio, Martín Legionense.

Como símbolo de la plenitud infinita de las perfecciones divinas en el Verbo: Clemente, Apringio.

Como símbolo de la eternidad divina: Martín Legionense.

Confrontándolas con las interpretaciones patrísticas de la recapitulación en San Pablo, puede verse su conformidad y afinidad.

III. La síntesis universal en la Ciudad de Dios.

La síntesis cósmica revelada no se refiere solamente a la recapitulación y final glorioso y transfigurado del Universo; abarca en su inmensa totalidad el principio del Universo, la Creación; el medio, la Encarnación y Redención; y el fin, la Glorificación.

El desenlace y solución de todo lo existente en el tiempo se trata —y lo hemos considerado— en la doctrina de San Pablo y en la última revelación del Apocalipsis. Pero el principio de los seres, la Creación y la Re-creación sobrenatural por la gracia de la Encarnación nos la muestra el mismo San Juan en el precioso Prólogo de su Evangelio, joya de inestimable valor, que tanto ha estimado siempre la Iglesia, y que es la síntesis teológica más profunda de la Historia del mundo.

En ese grandioso Prólogo se describe la Aurora de la Creación en sus dos fases, la inicial, natural-sobrenatural, (1-3) y la re-creación o regeneradora (4-14). Primeramente nos presenta y proclama la Causa y Principio de la Creación en el Verbo-Dios, preexistente a todo ser creado: «En el principio existía el Verbo», es decir, cuando empezaron los seres, ya era o existía el Verbo.

Pero la penetrante e inspirada mirada del Evangelista nos muestra asimismo la segunda Creación o Re-creación por el Verbo-Hombre, como Luz-Vida, para los seres capaces de ella, los seres racionales, concorporados con la materia, que participará, según su modo, de la re-creación o re-generación del Verbo-Hombre.

El Verbo es como el Sol increado, cuya verdad, que es luz, dio existencia y vida a los seres; pero sobre todo, comunica la vida sobrenatural de la gracia, y vivifica y fecunda las almas para el bien y obras de salvación: «A los que recibieron la luz, les dio facultad de hacerse hijos de Dios, a los que creyeron en El», que es como decir, a los que admitieron la luz de la fe en El (12).

El Verbo, por tanto, es propia y esencialmente Luz, en cuanto es conocimiento sumo y perfectísimo, que comunica a las creaturas la luz participada de la Fe, que es raíz y base de toda la vida de la gracia, que se actúa por la esperanza y la caridad y demás virtudes y dones que le acompañan.

Y no se aparta tampoco el Evangelista del pensamiento de Jesús, cuando hace tema central de sus escritos inspirados la luz y vida que es el Verbo-Hombre, enlazando ambos conceptos intrínsecamente e identificándolos. Y no sólo como sustancia subsistente e incausada en la Persona del Verbo, sino como función activa, que se comunica y se desborda en sus creaturas (Io. 10, 10), para re-generarlas a su pureza primigenia de gracia y prepararlas a la transfiguración de una vida eterna, sin muerte y sin tinieblas.

Pero el mismo San Juan asocia la participación del árbol de la vida y la entrada en la Ciudad celeste transfigurada a la reconciliación por la sangre del Cordero, que antes se ha proclamado principio y fin, es decir, centro y juez soberano de todo lo existente (Apoc. 22, 12-14).

La Ciudad celeste.

El pensamiento total del apóstol, conviviente con el Verbo-Hombre y vidente de la Ciudad futura y celeste, se condensa en el nexo ontológico que enlaza cerrada y misteriosamente su Prólogo del Evan-

gelio con su Epílogo del Apocalipsis: Si por el Verbo fue todo creado y recreado, por el Verbo y en el Verbo será todo restaurado, consumado y transfigurado.

Esta segunda obra que será la recapitulación, en cuanto restauración y centración de todos los seres en el Verbo-Hombre, se realizará en la Ciudad de Dios, escatológica y celeste.

El profeta de Patmos se complace en describirla como entre los velos misteriosos de la revelación, tomando formas y bellezas de las ciudades más esplendorosas de la tierra, e idealizada por las lejanas luces de la visión vislumbrante de la futura (Apoc. 21, 1-27). Empieza por eliminar de la Ciudad celeste y triunfante todos los elementos y situaciones del estado anterior, que signifiquen temporalidad, decadencia, inseguridad; por eso dice que lo anterior del cielo y de la tierra desaparecerán en el nuevo Orden de la Re-creación definitiva. Quizá por eso diga el profeta neotestamentario que «ya no hay mar», en cuanto no habrá tempestades y peligros, inseguridad y turbulencia, revoluciones y subversiones. Para la mentalidad judía, bíblica y apócrifa, las intervenciones extraordinarias de Dios en la historia salvífica del hombre, marcan una transformación universal, que afecta a la misma naturaleza irracional e insensible. A esta transformación cósmica de los elementos pueden referirse San Pedro (2 Petr. 3, 10-13) y San Mateo (19, 28).

Pero el sagrado Vidente destaca sobre todo en la Ciudad triunfante el trono, el foco y centro, que la preside, la ilumina y la vivifica: En efecto, en ella no hay templo, porque su templo y trono es el Señor Dios omnipotente y el Cordero que la llena con su presencia. (Apoc. 21,21). Tampoco necesita la refulgente Ciudad de la luz del sol y de la luna, porque su foco luminoso es el resplandor de Dios y la luz del Cordero que inundará a todos con gloria inextinguible. Y del trono de Dios y del Cordero, puesto en el centro, brota un río de agua de vida, y en medio de su plaza y a ambos lados del río, una arboleda de árboles vivificantes, que mantendrán su estado de felicidad y vida indeficiente (22, 1-2).

Por fin, los siervos de Dios y del Cordero, que serán correinantes con Este en la Ciudad celeste, los que han triunfado del mundo, porque han padecido con Cristo, y han completado sus sufrimientos,

siendo «corrededores» con su Cabeza, como San Pablo, verán realizada la mayor aspiración de todo hombre, verán la faz de Dios, y reinarán por siglos sin fin con su Rey y Centro, que es el agente y objeto, principio y fin de su beatitud, que a la par es Cabeza del Cuerpo místico, integrado por sus corrededores y predestinados, en unión de los conciudadanos de primera hora, los ángeles fieles (Apoc. 22, 19).

En esa visión iluminante, vivificante, beatificante,
verán conociendo, vivirán amando, gozarán poseyendo (17).

(17) *Observanda.* De la exposición que hemos hecho sobre la recapitulación y restauración universal, tal como se contiene en la Sagrada Escritura y en la Tradición, se infieren, y los hemos precisado, sus caracteres esenciales y sentido recto. Pero querer aplicar, contra toda razón objetiva, y por puro subjetivismo, a este misterio revelado conceptos y relaciones de evolucionismo biológico, fenomenológico-naturalista, es descentrar la doctrina de la revelación y caer en aberraciones antilógicas y antiteológicas, propias de un naturalismo y mundialismo incoherente y acientífico.

Y con ello nos referimos a las teorías de Pierre Teilhard de Chardin sobre la evolución del Cosmos hacia Cristo, como punto Omega, expuestas en su libro *Phénomène humain* (París, 1955). La teoría de este libro, que su autor cree como una conclusión casi lograda, no puede ponerse a la par, ni en parangón, con la doctrina de los Padres y doctores, y menos presentarla como un despertar e iluminación de la visión de Cristo, cual vida del mundo, como hace A. Maloney (*El Cristo Cósmico*, Santander, 1969, pág. 20), ni por su origen o punto de partida, ni por su método, ni por su desemboque y conclusiones.

1. Parte de la materia en evolución hasta la ascensión a la «consciencia» dentro de la Noosfera, que ha brotado de la noogénesis (como por generación espontánea) en el Cosmos, por «cierto» desarrollo del espíritu.

Pasa, como de una acera a otra, sin dificultad y *pari passu*, con mentalidad o mentación de puro naturalista, del orden material y fenoménico al orden de una sustancia inmaterial, como es el del espíritu, pensante y volente, afirmando simplistamente la evolución por la geo-química, la geo-tectónica, la geo-biología, es decir, por la Geo-génesis, que salta a una Biogénesis, que no es más que una Psico-génesis, que llega hasta la Noogénesis o desarrollo del Espíritu. (Cf. Phen. Hum. 200).

2. El método, ni es científico, como de causa a efecto (*cognitio certa per causas*), ni válido, por aplicar un proceso de conocimiento por experimen-

tación y observación empírica del fenómeno al desarrollo del *nous (mens)*, como una centella o fuego, que va ganando terreno con la extensión de la «consciencia» dentro de la Noosfera (ibid., pág. 201), hasta que se reuna y concentre lo Impersonal, la Energía y el Espíritu en el punto Omega, suprema Hiperpersonalización (Ibid., pág. 288).

3. La conclusión en que desemboca esta utopía y fantasía es el punto Omega, que viene a ser la concentración personalizada e hiperpersonalizada del Universal-futuro, del Universal y del Personal, como Superhumanización del Tiempo y del Espacio, cuyos cuatro atributos son: autonomía, actualidad, irreversibilidad, transcendencia (Ibid. 301).

De esa mega-síntesis tendente al punto Omega, brota la Unanimidad. De ahí sale lo Colectivo, la conjunción Ciencia-Religión. Del fenómeno cristiano también habla como naturalista: «Creer, acabar y purificar el Mundo, es para Dios unificarlo, uniéndolo a sí orgánicamente, e inmergiéndose parcialmente en las cosas como elemento. La Iglesia es un phylum de amor, y Cristo amoriza a sus miembros con la energía de la caridad. Así la fraternidad cristiana resulta, con un sabor y lenguaje de célula y plasma, un producto quasi biológico del phylum Iglesia.

Esos son los rasgos característicos que describen la concepción teilhardiana. Y es suficiente para comprender lo iluso y aberrante de tales ideas y de su ropaje lingüístico, naturalista y empírico. Veamos algunos de sus fallos más notables:

Desde luego todo son meras afirmaciones sin probar, que dan la impresión de representaciones de un delito poético en una imaginación febril.

Da como tesis probada científicamente y sin discusión la validez de la evolución cósmica, y en todos los órdenes, teoría que no se ha demostrado, por mucho que se ha pretendido, en ningún género de seres.

Desde el hombre, al que ha llegado, como por ensalmo, la evolución, y desde su espíritu, continúa ésta hacia el punto Omega, y luego le aplica Teilhard sin reparo la revelación de San Pablo y San Juan acomodando ésta a los datos de la Biología (pág. 327).

En toda esta evolución gratuita del espíritu humano, que se presenta nebulosa, abstrusa y cargada de grecismos que le dan apariencia científica, no se cuenta con la libertad, ni con el pecado original y sus consecuencias, que por lo menos habría de considerarse como una tremenda perturbación en el sistema teórico de la Evolución. Al final del libro, en pequeño Apéndice, y como para salvar el dogma católico, añade algunas ideas sobre la intervención del Mal en un Mundo en evolución, donde reconoce la ambigüedad, desde cierto punto, de los datos de la experiencia. Entonces, si no hay seguridad, ¿para qué construir semejante tinglado de hipótesis y utopías sobre tan débiles y ambiguas bases? No se puede tratar con métodos biológicos y naturalistas lo que en su origen, en sus medios y en su fin, es ontológicamente sobrenatural, y cae, por tanto, de lleno en el campo de la Teología.

Los Padres de la Iglesia se colocan y apoyan en la revelación, base segura e imprescindible en esta cuestión. Teilhard prescinde de ella, aunque se crea enlazar en algo con Clemente de Alejandría, en sus gratuitas elucubraciones. El mismo Maloney, apologista entusiasta de la teoría de Teilhard, reconoce que su enfoque de la Cristología no puede ser considerado tradicional (*El Cristo Cósmico*, pág. 202).

La lectura paciente del libro de Teilhard da la impresión de una abstrusa ciencia-ficción, que se hace la ilusión de interpretar lo profano de la ciencia moderna con lo sacral de esa nueva y absurda interpretación de San Pablo y de San Juan, según él y sus apologistas. Nos lo confirman las palabras de Etienne Gilson (Revista «*Seminarium*», 1965): «Me he alejado de Teilhard. Me falta paciencia para un escritor cuya lengua está plagada de neologismos que ni la necesidad ni el sentido común imponen de modo evidente... ¿Quién es ese «sabio» que no habla el lenguaje de la ciencia? ¿Quién es ese «teólogo» que no habla el lenguaje de la teología?».

No ha impedido Teilhard las consecuencias deletéreas en ideas y actitudes erróneas de inexpertos lectores de su obra.